

ron muy cerca de trescientos mil los que perecieron. Luculo lo primero que hizo fue dirigirse á Cicico, donde gozó del placer y buen recibimiento que era consiguiente; y despues para reforzar su armada recorrió el Helesponto. Llegado á la Troade, se albergó en el templo de Vénus, y aquella noche despues de recogido le pareció tener presente á la Diosa, y que le decia:

Iracundo Leon, ¿tú estas dormido

Quando tan cerca tienes á los ciervos?

Levantándose pues y convocando á sus amigos todavía de noche, les refirió su ensueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilio dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hácia el puerto de los Griegos que se encaminaban á Lemnos. Hízose sin dilacion al mar y las tomó, dando muerte á Isidoro su comandante; y en seguida fue en persecucion de los demas gefes. Hallábanse sus naves ancladas, y remolcándolas hácia tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño á las de Luculo, porque el lugar no permitia envolver á las de los enemigos, ni tampoco combatir las de cerca con naves á flote, mientras que estas estaban pegadas á tierra y bien aseguradas. Con todo por la única parte de la isla por donde habia paso, aunque difícil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales cayendo por la espalda sobre los enemigos, á unos les dieron muerte, y á otros los precisaron á picar cables para huir de la tierra; pero chocando unas naves con otras, vinieron á meterse entre las de Luculo: asi fueron muchos los que perecieron; y con los cautivos fue traído uno de los Generales de Sertorio llamado Mario. Era tuerto, y se habia dado desde luego la orden á los que navegaban al mando de Luculo de que no quitaran la vida á ningun tuerto, á fin de que recibiera una muerte llena de ignominia y afrenta.

Desembarazado de este incidente, se apresuró á ir en persecucion del mismo Mitridates: porque esperaba encontrarlo en la Bitinia detenido por Bocoanio, á quien él habia enviado hácia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Bocoanio se habia retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios; y á Mitridates, que navegaba con su armada, y se daba priesa por llegar al Ponto antes que volviese Luculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron, y otras se le fueron á pique. Toda la costa se vió por muchos dias cubierta de despojos de naves arrojadas á la orilla por las olas; y como el transporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traído á tierra por los pilotos á causa de la gran borrasca, y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguantar en el mar por ser muy pesado y hacer agua, trasladándose á un buque de los de corso, y poniendo su persona á merced de los piratas, por un modo increíble y extraño, aportó salvo á Heraclea del Ponto. No le salió pues mal á Luculo la jactancia de que usó ante el Senado: porque habiendo decretado este que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso á ello, mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaría del mar á Mitridates con solas las naves de los aliados; lo que así cumplió con el auxilio de los Dioses: porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Diana Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imagen.

Aconsejaban muchos á Luculo que dilatase la guerra; pero no dándoles oidos, marchó por la Bitinia y la Galacia hácia la tierra del Rey; tan desprovisto al principio de víveres que le seguian treinta mil Gálatas, llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante, y apoderándose de

todo el terreno, llegó á ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por una dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demas botin en ningun precio, unos lo abandonaban y otros lo destruian; pues no podia haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el pais hasta Tesmiciras y las regiones del Termodonte, culpaban á Luculo de que se le iban entregando las ciudades; y no tomando ninguna á viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo: "porque ahora, decian, haciéndonos pasar de largo de Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos conduce á los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos á hacer la guerra á Mitridates." Pero en estas cosas no hacia alto Luculo ni le merecian atencion, porque no creia que los soldados se propasasen al extremo de locura que despues se vió; y solo daba razon de su conducta á los que le acusaban de morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideracion, dejando que entre tanto se acrecentara el poder de Mitridates. "Juntamente, les decia, es esto lo que yo quiero, y de intento me detengo en este pais dando lugar á que aquel se engrandezca de nuevo, y reuna una fuerza respetable, para que asi aguarde y no huya á nuestra llegada. ¿Acaso no veis como ha dejado en pos de sí sin vestigio ninguno, unos vastísimos desiertos? Pues ya cerca de aquí está el Cáucaso y otros muchos montes espesísimos, capaces de contener y ocultar millares de Reyes que hagan la guerra de montaña. De los Cabiros son bien pocas las jornadas que hay hasta la Armenia, y en esta tiene su residencia Tigranes, Rey de reyes, con tan poderosas fuerzas, que con ellas repele á los Partos del Asia, traslada ciudades griegas á la Media,

"y se deshace de los reyes que vienen de Seleuco, llevándose robadas sus hijas y sus mugeres. Pues con este tiene deudo Mitridates, como que es su yerno: por tanto no es de creer que si le suplica, lo abandone; sino que nos moverá guerra; y si nos empeñamos en perseguir á Mitridates, corre peligro que traigamos sobre nosotros á Tigranes, que ya hace tiempo anda buscando motivos, y aprovechará este que se le presenta de verse en la precisió de auxiliar á uno que es Rey y su pariente. ¿Pues porque hemos de ser nosotros los que lo preparemos y los que enseñemos á Mitridates, que no lo advierte, quiénes son aquellos con quienes ha de venir á combatirnos? ¿Por qué cuando él no piensa en ello le hemos de precisar á echarse en brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos tiempo para que se robustezca y refuerce con los suyos, viniéndonos á hacer la guerra con los Colcos, Tibarenos y Capadocios, á quienes hemos vencido muchas veces, que no con los Medos y los Armenios?"

Discurriendo de esta manera Luculo, se detuvo á la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y despues de pasado el invierno, dejando á Murena para continuar aquel, marchó contra Mitridates, que se habia situado en los Cabiros, y pensaba ser ya superior á los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenia su confianza: pasando pues el rio Lico, provocaba á los Romanos á descender á la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que estos dieron á huir, habiendo quedado prisionero, á causa de hallarse herido, Pomponio, varon muy principal, que fue llevado ante Mitridates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el Rey, si dejándole ir salvo seria su amigo, sí, le respondió, como

hagas la paz con los Romanos; pero sino, enemigo; de lo que admirado Mitridates, ningun daño le hizo. Llegó Luculo á temer del terreno llano, por ser los enemigos superiores en caballería; y repugnando marchar por las alturas, á causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente aspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir á refugiarse en una cueva; y el mas anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió á Luculo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una fortaleza puesta precisamente encima de los Cabiros. Dióle crédito Luculo y á la noche movió despues de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto, apareciéndose á la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocando su ejército en un sitio que si queria pelear, le daba facilidad para ello; y sino queria, le ponía á cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entonces en ánimo de venir á las manos; pero se dice que yendo los del Rey en persecucion de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea acudiendo continuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del Rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los suyos, llenos de pesar, corrieron á dar parte á Luculo rogándole que los condugesse y que los formase para batalla. Mas él queriendo hacerles ver de cuanta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un General prudente, dándoles orden de que esperaran sin moverse, bajó á la llanura, y puesto ante los primeros que huían, les mandó detenerse y volver con él. Obedeciéronle y deteniéndose asimismo é incorporándoseles los demas, con muy poco trabajo rechazaron á los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta im-

puso Luculo á los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cabar con las túnicas desceñidas un foso de doce pies á la vista y presencia de todos sus camaradas.

Habia en el ejército de Mitridates un hombre de grande autoridad llamado Oltaco, perteneciente á la nacion bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto á la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinacion; prudente y avisado en los negocios árduos, y ademas afable y complaciente en su trato. Como tuviese pues competencia y emulacion de privanza con otro de su misma gente, ofreció á Mitridates un servicio señalado, cual era el de dar muerte á Luculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos; donde fue de Luculo benignamente recibido, porque habia de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquel con su diligencia y su esmero, continuamente lo tenia á su mesa y se valia de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasion, mandó á sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del mediodía en que los soldados descansaban y hacian siesta, se dirigió á la tienda del General, bien persuadido de que nadie estorvaria el paso á un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fue sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podía desearle, si el sueño, que á tantos Generales ha perdido, no hubiera salvado á Luculo: porque casualmente estaba durmiendo: y Menedemo, uno de los que hacian la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció á Oltaco que llegaba á mal tiempo, pues hacia muy poco que Luculo, despues de tantas vigalias y

trabajos se habia entregado al descanso; y como no se retirase á su orden, sino que dijese serle forzoso entrar porque queria hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada habia mas urgente que salvar á Luculo, le echó de allí á empujones. Entró con esto en miedo y saliendo del campamento, montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitridates, sin poner por obra su designio: ¡tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no menos en los negocios, que en los medicamentos!

Fue despues de esto enviado Sornacio con diez cohortes á hacer acopio de víveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los Generales del Rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó á los enemigos causádoles grandísimo daño. Mandóse de allí á poco con el mismo objeto á Adriano, pudiera hacer abundante provision; y Mitridates, que no dejó de entenderlo, envió á Menemaco y á Miron comandantes de considerable número de intantes y caballos; y á excepcion de dos, todos, segun se dice, fueron muertos por los Romanos: pérdida que procuró ocultar Mitridates, dando á entender que no habia sido de tanta entidad, sino ligera y debida á la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento, y en los soldados temor y confusion. Determinóse por tanto no aguardar allí mas tiempo; y los de la familia del Rey se adelantaron á querer enviar cómodamente sus efectos y equipages, impidiéndoselo á los demás; pero inquietos estos los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipages dándoles á ellos muerte. Allí el General Dorialo, que no tenia sobre sí otra cosa de algun precio que la púrpura, pereció por qui-

társela; y el sacrificador Hermao fue pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitridates, no habiéndole quedado ni sirviente, ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y solo habiéndole visto al cabo de tiempo, quando así era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos llamado Tolomeo, que tenia caballo, echó pie á tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzaban siguiéndole de cerca; y por la priesa no habrian dejado de cautivarle, yendo ya casi á echarle mano; sino que la codicia y el ansia propia de soldados, quitó á los Romanos una presa tras la que andaban largo tiempo habia, sufriendo por ella muchos combates y peligros; y á Luculo le privó del verdadero premio de su victoria; pues quando ya tenian á la vista y estaban para llegar al caballo que le conducia, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, ó porque el Rey de intento la pusiese delante á los que le perseguian, ó porque la casualidad lo hiciese, detenidos á saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fue este solo el daño que en aquella ocasion se originó á Luculo de la avaricia de los soldados; sino que habiendo sido apresado el secretario íntimo del Rey, Calistrato, les dió orden de que se le llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenia en el ceñidor quinientos aureos, le quitaron la vida; y aun tuvo sin embargo que condescender con que saquearan el campamento.

Tomó los Cabiros y otras muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros, y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real; á los que teniéndose por muertos, la magnanimidad de Luculo no les dió solo salud, sino resurreccion en cierta manera y un segun-

do nacimiento. Fue al mismo tiempo cautivada Nisa hermana de Mitridates, habiendo estado su salvacion en su cautiverio; pues las otras hermanas, y las mugeres que parecia estar mas distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, enviando Mitridates contra ellas desde su fuga al eunuco Baquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del Rey, Rojana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años; y dos de sus mugeres, Jonias de origen, Berenice de Quio y Monima de Mileto. Era grande la fama de esta entre los Griegos, porque solicitándola el Rey y enviándole de regalo quince mil aureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales, y remitiéndole este la diadema, la declaró Reina. Habia sin embargo pasado su vida en grande amargura; y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le habia ganado un déspota; y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada lejos de la Grecia, los bienes esperados no eran mas que un sueño; y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado pues Baquides, como les intimase la orden de morir del modo que á cada una le pareciese mas facil y menos doloroso, quitándose la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmediatamente; ¡maldito arrapiezo, dijo, que ni siquiera para esto me has valido! y despues de haberla escupido y arrojádola al suelo, alargó el cuello á Baquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fue bastante para el cuerpo mas flaco; pero no acabó con Berenice que para su constitucion no habia bebido bastante, y como luchase largo rato con las ansias de la muerte, tomó Baquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la

una bebió el veneno despues de haber proferido unil imprecaciones y dicerios; y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdijese de su origen; sino que mas bien elogió á su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las habia olvidado y antes habia cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afrentas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto á Luculo que era de humana y benigna condicion.

Continuando en la persecucion llegó hasta Talaus; pero llevándole cuatro dias de ventaja Mitridates, que se retiraba á la Armenia, acogándose á Tigranes, hubo de retroceder; y habiendo vencido á los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor; sometiéndole otras fortalezas y ciudades, y enviando á Apio en legacion á Tigranes para reclamar á Mitridates, se encaminó á Amiso que todavía permanecia cercada. Era la causa de esta dilacion el General Calimaco, que con sus conocimientos en la maquinaria y con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender á los Romanos, de lo que mas adelante tuvo su merecido. Por entonces burlado á su vez por Luculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar, dió repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande de la muralla, salio de la ciudad poniéndole fuego: bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, ó bien con la de facilitar mas su fuga; pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se veia discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Luculo lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio, y exhortaba á que le apagasen; pero de nadie era escuchado, porque todos estaban entregados á buscar en que cebar la codicia, y agitaban las armas con

grande vocería; tanto que violentado de este modo, hubo de condescender con su deseo por si asi libertaria á la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues mientras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las mas de las casas: de manera que entrando Luculo á la mañana siguiente, se echó á llorar, hablando asi á sus amigos: „ muchas veces consideré „ la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principal- „ mente admiro su buena dicha: pues que queriendo „ salvar á Atenas, fue bastante poderoso para con- „ seguirlo; y yo cuando deseaba aqui imitarle, algun „ mal Genio me ha hecho incurrir en la mala opi- „ nion de Mumio.” Esforzóse sin embargo á reparar la ciudad de aquella calamidad; y por decontado por un feliz acaso una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada, apagó el incendio; y él sin salir de alli reedificó el mayor número de casas arruinadas; dió acogida á los Amisenos que habian huído, y establecimiento á los demas Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento y veinte estadios. Era esta ciudad colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y aun por esto muchos, huyendo de la tiranía de Aristion, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que por evitar los males propios tuvieron que sufrir los agenos. De estos pues á los que quedaron salvos los vistió Luculo decentemente, y dando á cada uno doscientas dracmas, los restituyó á su casa. Fue tambien cautivado en aquella ocasion Tiranion el gramático: pidióle Murena; y habiéndole sido entregado, le dió libertad, usando iliberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Luculo que un hombre, codiciado por su saber, fuese hecho esclavo primero y despues libre: porque realmente aquel

no fue actó de darle la libertad, sino de quitársela. Bien que no es esta la única vez en que Murena se mostró muy distante de la delicadeza y pundonor de su General.

Dirigióse entonces Luculo á las ciudades del Asia, para hacer, mientras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes: beneficios de los que los increíbles é inexplicables infortunios pasados habian privado por largo tiempo á la provincia; siendo saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducian á los naturales al extremo de vender en particular los hijos de buena figura y las hijas doncellas; y en comun las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas; y ellos al fin venian á sufrir la suerte de ser entregados por esclavos á los acreedores. Y lo que á esto precedia, los pies de amigo, los encierros, los potros, las estancias á la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frio, entre el barro y el yelo, era todavia mas duro é insoportable; de manera que la esclavitud en su comparacion era paz y alivio de miserias. Observando pues Luculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos á los que los experimentaban: porque en primer lugar mandó que ninguna usura pasase del uno por ciento; en segundo dió por acabadas las que habian llegado á exceder el capital; y en tercero, que fue lo mas importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor; y á aquel que incorporaba las usuras con el principal, lo privó del todo: de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos, y las posesiones quedaron libres á sus dueños. Eran estas deudas públicas, y provenian de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia: el duplo pues de esta cantidad fue el que se pagó á los acreedores, que con las usuras la habian ya hecho subir

á la suma de ciento veinte mil talentos. Estos pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra Luculo, y con dinero concitaron contra él á muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenian á su devocion á muchos de los que mandaban; pero con todo Luculo no solamente se ganó el amor de los pueblos á quienes hizo beneficios, sino que era deseado de las demas provincias, que tenian por felices á aquellas á quienes habia cabido la suerte de tal gobernador.

Apio Claudio, el enviado en legacion á Tigranes, que era hermano de la muger con quien entonces estaba casado Luculo, al principio fue de los guias del Rey conducido por la tierra alta, siguiendo un camino de muchos dias, que hacia grandes y no necesarios rodeos, hasta que mostrándole uno de sus libertos, Siro de nacion, otro camino derecho, se apartó de aquel primero largo y torcido, despidiendo á los conductores regios; con lo que en breves dias se puso al otro lado del Eufrates, y llegó á Antioquia la de Dafne. Mandósele que esperara á Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia; y él en tanto ganó á algunos de los grandes, que de mala gana obedecian á un Armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, Rey de la Gordiena; y á muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensajeros, les ofreció el auxilio de Luculo, encargándoles que por entonces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque á los Griegos no era tolerable, sino mas bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y sobre todo el del Rey, cuyo orgullo y altanería no tenia límites, pareciéndole que todo cuanto bueno apetecen y admiran los hombres, ó dimanaba de él, ó por consideracion suya lo disfrutaban: pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y

de ningun momento, habia sujetado muchas gentes, habia humillado mas que otro alguno el poder de los Persas, y habia llenado de Griegos la Mesopotamia, sacando desterrados á muchos, ora de la Cilia y ora de la Capadocia. Movi6 tambien de sus asientos á los Arabes Escenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los Reyes que le servian eran muchos; y á cuatro los tenia siempre cerca de sí como pages ó escuderos; los cuales cuando iba á caballo corrian á su lado á pie con solas las túnicas; y cuando se sentaba á dar audiencia, se colocaban junto á su trono, teniendo plegadas una con otra las manos: postura que entre todas parece ser la mas característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad, y se muestran mas dispuestos á sufrir, que á obrar. Mas á Apio nada le impuso, ni le causó admiracion aquella ostentacion teatral, sino que apenas fue admitido á la audiencia, le dijo sin rodeos que el objeto de sumision era reclamar á Mitridates debido á los triunfos de Luculo, ó intimar á Tigranes la guerra: de manera que por mas que este afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oír el mensaje, todos echaron de ver que le habia inmutado el desenfado de aquel joven; quizá porque no habia escuchado otra palabra libre en veinte y cinco años, pues otros tantos llevaba de reinar, ó mas bien de tiranizar y oprimir. Respondióle pues que no entregaba á Mitridates, y se defendería de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Luculo porque en la carta le llamó Rey solamente, y no Rey de reyes, en la respuesta no le dió tampoco el título de Emperador. Envió sin embargo á Apio presentes de gran valor; y como no los recibiese, le envió todavía otros mayores; de los cuales Apio, porque no pareciese que por enemistad los desdeñaba, tomó solamente una

taza, volviéndole los demas, y á toda priesa partió en busca del General.

Tigranes al principio ni siquiera se dignó de ver á Mitridates, ni de admitirle á su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino; sino que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un pais pantanoso y mal sano; pero entonces le envió á llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio de los zelos y sospechas que mutuamente se habian dado el uno al otro, se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles á estos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varon elocuente, de grande instruccion, y que habia llegado á tal grado de amistad, que comunmente se le daba el nombre de padre del Rey; y habiendo sido á lo que parece enviado de Embajador por Mitridates para rogar á Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle este: ¿y tú, Metrodoro, qué es lo que en este punto me aconsejas? y entonces él, bien fuera porque solo atendiese al bien de Tigranes, ó bien porque no desease que Mitridates saliese á salvo, le respondió que como Embajador se lo rogaba, y como su consejero se lo disuadia. Refiriósele Tigranes á Mitridates en el concepto de que no le vendria mal á Metrodoro; pero él al punto le dió muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro: pues realmente no hizo mas que dar nuevo calor á la displicencia y encono con que ya le miraba Mitridates; lo que mas claramente se descubrió cuando ocupados sus papeles reservados, se halló en ellos la orden de hacer perecer á Metrodoro. Dió Tigranes honorífica sepultura á su cadaver, no excusando gasto alguno para con un muerto, á quien vivo habia hecho una traicion. Murió tambien en la corte de Tigranes el orador Anficrates; de quien si

hacemos memoria, es solo por consideracion á Atenas. Dícese pues de él que huyó á Seleucia del Tigris, donde habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiendole que un delfin no cabe en un plato; que habiendo pasado de alli al palacio de Cleopatra, hija de Mitridates y muger de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida; y finalmente que Cleopatra le sepultó con magnificencia, estando enterrado en Sasa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

Luculo si procuró dar á las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia, y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo; sino que deteniéndose en Efeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiadores; y ellas en justo retorno celebraron juegos, que llamaron Luculeyos, y le correspondieron con un amor verdadero, mas satisfactorio que aquella honra. Mas luego que llegado Apio se enteró de que habia que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio á Sinope; ó por mejor decir á los Ciliceños súbditos del Rey, que entonces la ocupaban; los cuales dando muerte á muchos sinopenses, y poniendo fuego á la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Luculo luego que lo supo y á unos ocho mil que habian quedado, los pasó al filo de la espada; adjudicando las casas á los demas que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, á causa principalmente de una vision que tuvo, y fue en esta forma. Parecióle entre sueños que se le ponía uno al lado y le gritaba: adelanta, Luculo, un poco, porque viene Autolico que tiene que tratar contigo. Levantándose pues, no supo á qué referir aquella apa-